

motivo de un error de caja. Birotteau, para evitar un proceso y no perder á ese hombre, puso disimuladamente en la caja tres mil francos, el precio de este chal de cachemira que debía comprar entonces, y no adquirí hasta tres años después. Tenéis ya explicada mi exclamación. ¡ Ay! mi querido hijo, también os confesaré mi niñería. De Tillet me había escrito tres cartas de amor, que le retrataban muy bien, dijo ella suspirando y bajando los ojos, por eso yo los guardaba... como curiosidad. Sólo dos veces las he leído. Pero de todos modos era imprudente conservarlas. Viendo á de Tillet, me he acordado de que las tenía, he subido á mi cuarto para quemarlas y estaba mirando la última cuando habéis entrado... Esto es todo, amigo mío.

Anselmo hincó una rodilla en tierra y besó la mano de la esposa de César con admirable ternura que los hizo llorar á los dos. La suegra, levantando á su yerno, abrió los brazos para estrecharle contra su corazón.

Aquel debía de ser un día feliz para César. El secretario particular del rey, el señor Vaudenesse, fué á la oficina para hablarle. Salieron juntos al pequeño patio de la Caja de amortización.

— Señor Birotteau, dijo el vizconde de Vaudenesse, vuestros esfuerzos para pagar á vuestros acreedores han sido casualmente conocidos por el rey. Su majestad, impresionado por una conducta tan poco frecuente, y sabiendo que, por humildad, no lleváis las insignias de la Legión de Honor, me envía para ordenaros que os las pongáis. Además,

deseando ayudaros á cumplir vuestras obligaciones, me ha encargado que os entregue esta cantidad, de su caja particular, sintiendo no poder hacer más. Que esto permanezca en un profundo secreto. A su majestad le parece inoportuna la divulgación de sus obras buenas — dijo el secretario de confianza entregando seis mil francos al empleado, que durante este discurso experimentaba sensaciones inexplicables.

Birotteau sólo pudo balbucear palabras sin hilación. El señor Vaudenesse le saludó con la mano, sonriendo. El sentimiento que animaba al pobre César es tan raro en París, que su vida había insensiblemente excitado general admiración. José Lebás, el juez Popinot, Camusot, el padre Loraux, Ragón, el jefe de la importante casa donde estaba Cesarina, Lourdois, el señor de la Billardiére, le habían ensalzado. La opinión, ya modificada respecto á él, acabó subiéndole á las nubes.

« ¡ Ved un hombre honrado! » Esta palabra había resonado ya varias veces en el oído de César cuando pasaba por la calle, y le producía la emoción que experimenta un autor al oír que dicen: *¡ Vedle!* Este glorioso renombre asesinaba á de Tillet. Cuando César tuvo los billetes de Banco enviados por su soberano, su primer pensamiento fué emplearlos en pagar á su antiguo dependiente. El buen hombre fué á la calle de la Chaussée-d'Antin cuando el banquero entraba en su casa de regreso de sus correrías, y encontró en la escalera á su antiguo principal.

— ¡Qué hay, *mi pobre* Birotteau! le dijo con zalamería.

— ¿Pobre? exclamó con orgullo el deudor. Soy muy rico. Dueño de mi cabeza sobre mi almohada esta noche, dormiré satisfecho de haberos pagado.

Estas palabras llenas de honradez, fueron una tortura instantánea para de Tillet. A pesar de la estimación general que le favorecía, él mismo no se estimaba y una voz inextinguible le repetía: « Ese hombre es sublime. »

— ¡Pagarme! ¿Qué negocios hacéis?

Seguro de que de Tillet no repetiría su confianza, el antiguo perfumista dijo:

— No volveré jamás á los negocios, caballero. Ningún poder humano podía prever lo que me ha sucedido. ¿Quién sabe si de nuevo sería víctima de otro Roguin? Pero han enterado al rey de mi conducta, su corazón se ha dignado compadecer mis esfuerzos y me anima enviándome una cantidad bastante importante, que...

— ¿Necesitáis recibo? dijo de Tillet, interrumpiéndole. ¿Pagáis?...

— Todo, y los intereses; os ruego que me acompañéis á dos pasos de aquí, á casa del señor Crottat.

— ¡Ante notario!

— Señor, dijo César; puedo esperar mi rehabilitación, y los documentos auténticos son irrecusables.

— Vamos, dijo de Tillet, saliendo con Birotteau, vamos; está muy cerca. Pero ¿de dónde sacáis tanto dinero? insistió.

— Lo gano con el sudor de mi frente, dijo César.

— Debéis una cantidad enorme á la casa Claparon.

— ¡Ah, sí! Esa es mi mayor deuda; ciertamente creo que moriré con la pena de no poder pagarla.

— No podréis jamás, dijo secamente de Tillet.

— Tiene razón, pensó Birotteau.

El pobre hombre, al volver á su casa, pasó por la calle de San Honorato, distraídamente, porque daba siempre un rodeo para no ver su tienda ni las ventanas de su antigua habitación. Por primera vez después de su desdicha volvió á ver la casa donde diez y ocho años de felicidad habían sido borrados por las angustias de tres meses.

— Creía poder morir en ella, se dijo.

Y apresuró el paso, porque había distinguido la nueva muestra:

CELESTINO CREVEL

SUCESOR DE CÉSAR BIROTTEAU

— Veo visiones... ¿No es Cesarina? exclamó, pareciéndole que había una cabeza rubia asomada á una ventana.

Vió efectivamente á su hija, á su mujer y á Popinot. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa; é incapaces de imaginar lo que le sucedió, habíanse ido á tomar algunas disposiciones relativas á la fiesta que